

nios á los jóvenes el espectáculo repugnante de un ilota borracho. El arte es demasiado pulcro para mirar con horror esa clase de enseñanzas. El poeta no debe engarzar en perlas ninguna deformidad.

No soy, pues, amigo del personalismo ni de las fealdades del naturalismo. Pero, aunque el género no me sea simpático, ¡qué delicadeza en el recuerdo de la muerte del joven Portuondo! ¡Qué vigor en la descripción de la antes criticada *Orgia!* No es de Zola, por ser otro el estilo; pero si no, así la escribiría el jefe del naturalismo francés.

Creo hacer el elogio del libro diciendo de él que no lo dejé de las manos hasta terminarlo, aunque hubiera yo querido en él la gota de rocío que esparcía en sus temblores luces de rojo y azul.

EDUARDO BENOT.

Madrid, 1882.

ESBOZOS NOVELESCOS

NECROLOGÍA

Todos ustedes la conocieron... y si alguno de ustedes no tuvo esta ventura, tengo yo el gusto de presentarle aquella muchacha de ojos azules que, como el ensueño del poeta triste, parecía « vano fantasma de niebla y luz ». La prensa de Petersburgo acaba de anunciar el fallecimiento de la pobre loca, que renunció generosamente á la mano de un secretario de embajada y quiso matar, por distraerse, á un marqués que le daba todo el dinero que quería. ¡Descanse en paz la buena muchacha de los ojos azules!...

Un filósofo de un merendero decía en cierta ocasión: « La fortuna tiene cara de cochino. » Sin duda por tenerla dejó pobre y huérfana á María Villegas, cuando era un capullo de la juventud, después de mimarla en la cuna. Entre

amorosos cultivos de la materna mano se desarrolló lindamente aquella planta de mujer, flor de invernáculo que, por inexplicable burla del destino, había de ser tronzada al aire libre por las convulsiones de esta vida tormentosa.

— Puesto que tú eres rica y mirarás por ella, yo muero tranquilo, dijo el buen señor Villegas hablando desde la tumba con su hermana Rita.

Pero doña Rita era material y moralmente la antítesis de su sobrina. Si se hubiera hecho en la Red de San Luis, por festejar á San Antón, una exposición de mujeres gordas y ordinarias, ¡qué guapetona habría estado doña Rita, luciendo sobre la apoplética cerviz un letrero que dijera: *De Ataquines!* (que de allí databa la señora). Se hubiera llevado el premio, indudablemente. Su actitud era de reposo absoluto. Pero, después de una succulenta comida, adquiriría una expresión *sui generis*. Doña Rita había realizado, sin saberlo y sin tomar vomitivos, el ideal de los romanos de la decadencia. Sí, ella saboreaba muchas veces, por ingenioso mecanismo de rumia imaginativa, los manjares que acababa de comer. Arrellenada en la espaciosa *chaise longue*, sintiendo todos los regodeos de la digestión, su mirada fluía indecisa, romántica, un poco metafísica.

Veía salir de su boca todo lo que comió, y lo

veía en su primitiva forma: terneras, cerdos, gallos, campos enteros de trigos. Primero veía á los animalitos refocilándose y cebándose; luego veía que los mataban para ella, y se los guisaban, y se los servían humeantes y bien olientes. Doña Rita los acariciaba con mirada dulce y melancólica de boa constrictor. ¡Era un bailable de la digestión, un *cancan* de las tripas, el delirio de un vientre repleto! Y entonces, precisamente, era el momento psicológico de hablar del *difunto* — como llamaba ella á su esposo.

— Aquella tarde estaba yo tan tranquila con mi perrito, cuando se abrió la puerta, y... ¡cátate que *entró el difunto!*

Era un difunto divertido, que metía miedo á quien no estaba acostumbrado á verle entrar y salir así, como una persona en estado de merecer, sirviendo de cabeza de turco á las expansiones digestivas de doña Rita y á sus discursos de sobremesa, afeados por tal cual vicio de pronunciación. Así, por ejemplo, el martirio de su vida era la palabra *temprano*; doña Rita decía *trempano*, sin poderlo remediar, sabiendo perfectamente que no era eso.

— ... Pues estaba yo tan tranquila, cuando *se levanta muy incomodado el difunto* y me dice: « Quieras que no, tienes que acostarte *trempano*. »

Y en seguida se ruborizaba, reflejando en su mirada una sorpresa inmensa, como si quisiera decir: « La solté. »

Aunque egoísta, no era absolutamente avara. Pero su generosidad no pasaba de dar parte de las sobras de su bolsa y de su mesa; y con esto tenía por la más caritativa de las mujeres y con derecho además á una espaciosa *chaise longue* en el paraíso...

Propietaria de dos casas — una para el buen tiempo en Madrid, y otra para el buen tiempo en Andalucía — regalábase el cuerpo viviendo bonitamente entre Málaga y la corte, no sin quejarse de las tribulaciones de la existencia y, sobre todo, de las caridades que hacía.

— Con esta *pobre* María, decía á sus tertulianas, no llevo ya la cuenta. Que si necesita un abrigo, se lo doy; que si... Les digo á ustedes que le doy, *y le doy*, Y LE DOY que ya no sé. Cuando vine de Andalucía, le regalé un traje de percal, monísimo, que me costó veinticinco pesetas. Pues anoche tuve que darle un billete de cien, porque dice que no quiere vivir con su amiga, la compañera en el taller, y que quiere poner un cuarto. ¡Qué idea!

.....
Aquel día, doña Rita, en tren de viaje, levantaba su casa de Madrid, es decir, la enfundaba

para cerrarla después. Corrían de aquí para allí, sin dar paz á la mano, las gentes del servicio, y María, aunque sobrina, ayudábalas á la labor, porque « la señora era más limpia que el oro » y quería que todo quedara « como Dios manda ». Salas, gabinetes, espaciosas alcobas « en donde podían correr caballos », toda la casa, en fin, había sido escrudiñada por María con deseo de servir, y también con tristeza, que tenía ráfagas de cólera cuando recordaba sin querer su absoluto desamparo en medio de aquella abundancia insultante.

— ¡Qué bien pasaría yo el invierno en un rincón de esta casa en donde tanto sobra, durmiendo en la más ruin de estas camas, que son como nichos en espera de cuerpos cansados!...

La invitaron, porque era delgada y ágil, á subir á una escalerilla de mano para colgar sobre el regio lecho de doña Rita el blanco cortinaje de batalla.

Todo era blanco y correcto en aquella casa, como si aguardara la aparición de una boda ansiosa de hogar; todo era también frío, ó lo parecía, con aquel ropaje de cadáver amortajado...

La despedida en el andén fué larga y cariñosa.

— Adiós, hijita, adiós... que me escribas... que me cuentes tus penas.

María no dijo nada. Empezó la vuelta á Madrid por entre baches de los arroyos y requiebros de los hombres, ¡sola, envejecida; casi fea de puro pobre!... Al llegar á la calle de Atocha, se figuró que los faroles tenían, como los muebles de doña Rita, capuchones blancos; de la plaza de Antón Martín parecía que bajaban multitud de motitas de nieve, las cuales se escurrían por entre las ramas de los árboles. Volvió la vista al Prado: todo era blanco, correcto... ¡Tuvo miedo de aquella blancura de muerte que le invadía correctamente el corazón! Allá, muy lejos, trepidaba el tren...

DON CHOLO PICAPICA

DIPUTADO

I

No se sabe de cierto dónde nació, pero sí se sabe que era oriundo de la tierra americana y que allá en la comarca se le tenía por persona visible y de arraigo, de quien las chicas decían que estaba *irresistible* con su sombrero multicoloro, terciado provocativamente. Admirábalas que tuviese un talle tan garboso, siendo tan panzudo; pero Tula (una cuarterona que era querida secreta de don Cholo) decía, poniendo los ojos ruborosos, que él se cinchaba la panza con una correa que de moza había servido á un jumento, y servía ahora á su amo. Añadían malas lenguas (nunca faltan) que don Cholo parecía un sabañón, pero no negaban, ni aún los más envidiosos de su mérito, que estaba soberanamente hermoso cuando se vestía de caballero, como él decía, con su gran cruz de Carlos III.

Apenas asomaba por las calles de la heroica villa, apartábanse con recelo los transeúntes meticulosos, porque el contingente de don Cholo iba diciendo: «¡Que pego!» Sin embargo, jamás se supo de contienda alguna en que fuese parte este hombre extraordinario.

Si tenía que vengar un agravio, esperaba la celebración de algún acontecimiento trascendental, ó festejo público, que reuniera en apiñada muchedumbre á la curiosidad mujeril; íbase entonces, gesticulando y gritando, derecho al ofensor; pero amigos oficiosos se daban prisa en sujetarle por las nervudas manos al par que deslizábanle al oído tal cual frase de compasión para el contrario... Don Cholo, cuando de cien leguas no veía al enemigo, gritaba que se las pelaba, pegando con el bastón en las piedras de la acera:

— ¡Si yo le pillara ahora!

Y añadía, exhibiendo los brazos al desnudo:

— Tienten ustedes... ¡Si le cojo!...

La fortuna, esa *cocotte* miope, le dió *un pasar* más que mediano, y él decía:

— ¡Fuera estudios y bachillerías, que á mí me sobra con mi posición!

Mi posición, ésa era la palabra.

Pero don Cholo no sonaba, y esto le ponía á morir.

— La culpa es del gobierno, decía furioso.

Y revolvíase contra tamaña injusticia, que á la postre le hizo pensar (con no poco asombro suyo y de los vecinos del barrio)... Y aquel pensamiento hubo de ocurrírsele al caer de una tarde, cuando, asomado á uno de los balcones de su casa, contemplaba tristemente cómo se reproducía en la vecina plazuela un rebaño de carneros, que parecían puestos allí para formar algún partido, del cual fuese jefe don Cholo.

— ¡Todo crece y se multiplica en el planeta! exclamaba él con profunda amargura.

Malos amigos suyos, por más atormentarle y burlarse de él, aconsejéronle que se presentara candidato para diputado á Cortes, que por ahí se empezaba, y que no fuese parte para asustarle su privilegiada ignorancia, que otros con ser menos que él (pura hipérbole) habían llegado á ministros, y tres más.

Dióse á partido don Cholo, y se fué haciendo á la idea de ser padre putativo de la patria.

Sonó con una diputación á Cortes ó cartera de ministro, ¡Dios sabe! Y en aquel mismo balcón desde el cual viera los carneros, que miraba ahora desdeñosamente, ideó un plan que por lo intencionado y de punta parecía hecho en colaboración de los dichos rumiantes. Él decía: «¡Yo soy

muy bruto! » lo cual era verdad como una casa; pero verdad no menos grande que tenía gramática parda, mucha gramática parda y muchos *infundios*, ¡vaya si los tenía! Redujo la ciencia á esta quisicosa: *Aquel debe ser diputado que tenga posición.* (Él estaba siempre en facha.)

Y he aquí que *El Agente* dió esta noticia:

« Decíase anoche en la botica de Guillermety que nuestro ilustrado amigo don Cholo Picapica tiene muchas simpatías en el distrito de Carites, por donde se presentará candidato á la diputación á Cortes. »

Al día siguiente, don Cholo se vistió de caballero, con la consabida cruz, y recordó su posición. Los vecinos del barrio le llevaron una murga; dispararon cohetes los chicuelos; en algunos balcones se asomaron con cara de alegría bonitas percalinas, cuáles verdes como esperanzas, cuáles otras amarillas como calabazas, y aún se asomaban rostros hechiceros que sonreían picarescamente cuando, llenando la acera con la panza, pasaba don Cholo, cruz al pecho, pensando en su posición y halagado por aquellos sueños de diputación y ministerio que concibiera desde aquella tarde bochornosa de verano en que vió á los carneros entregados á la trascendental y grata tarea de la reproducción de la especie.

— ¡*Chivos* indecentes! decía don Cholo mirándolos cara á cara.

Tula sonreía...

II

En la mañana del día en que don Cholo regresó á su patria, luego de haber hecho el diputado en la metrópoli, una oleada de gentes de todas clases y colores se agolpaba en el muelle.

En la botica de Guillermety se había discutido hasta muy entrada la noche la personalidad de don Cholo. Recordábanse sus heroicidades. No había pronunciado más que un discurso, pero ¡qué discurso! Él, don Cholo, había hablado dos horas seguidas con motivo del cabotaje, allí, en el Congreso, en « el seno de la representación nacional », delante de siete diputados y de algunos amigos que ocupaban la tribuna pública. ¡Qué hombre este don Cholo! Se había presentado en el Congreso con su sombrero multicoloro y dos parches de *papas* en las sienes, porque tenía mala la cabeza á causa de lo mucho que había trabajado engendrando aquel discurso luminoso.

La Cámara, es decir la media docena de diputados, le oyó religiosamente. ¡Y qué aplausos en la tribuna pública!

BIBLIOTECA "RODRIGO 'DE LLANO"

SECCION DE ESTUDIOS HISTORICOS DE LA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

— Ese don Cholo es el mismo diablo, se decía en la botica.

Y recordábase que en cierta sesión en la cual Cánovas hablara de libertad religiosa, don Cholo le interrumpió preguntándole:

— ¿Y el cabotaje?

Se alababa aquel rasgo de carácter, aquella pul-
lla tan oportuna.

Todos habían convenido en esperar con música á don Cholo. El maestro Rufo, que estaba en Caguas, había reventado tres caballos para llegar á la ciudad aquella misma noche y preparar los *tiples*. Algunos admiradores, temerosos de que la señal del vigía les sorprendiera, resolvieron acostarse vestidos.

El Agente había hecho una frase para ponderar la recepción de don Cholo.

«La tarde, dijo, era hermosa y gentil... Parecía que la naturaleza se preparaba á recibir al general Primo de Rivera.» (Esta frase fué comentada en la botica de Guillermety, y se envió telegráficamente á los pueblos de la isla.)

Y no pecaba de exagerado el ilustrado periódico cimarrón.

Era una tarde tan luminosa aquella de la llegada de don Cholo, que las azoteas de las casas y las piedras de las calles despedían chispas de

fuego. La bahía semejaba una bandeja de *majarete* con cenefa azul, según la expresión feliz de un poeta de la legua. Allá en el extremo de la ciudad aparecían los manglares velados por un vapor denso y mal oliente, que era el incienso que echaban á don Cholo por haber pedido su desaparición.

¡Qué hermoso espectáculo! Barcas y botes empavesados lujosamente cruzaban la bahía y llegaban á la escalera del vapor correo, de cuya cubierta se destacaba la panza de don Cholo. Cada uno de sus admiradores deseaba ser el primero en estrechar su mano, en darle la bienvenida.

En el muelle, la multitud continuaba agolpándose. Veíanse hileras de trajes de dril blanco y de sombreros de *jipijapa*; y en medio de aquella blancura, tal cual mancha negra, alguna cara de ñáñigo ganoso de festejar al niño Cholo y de ofrecerle un racimo de *guineos*.

En las azoteas y balcones se estrechaban, como enredaderas de nardos, cabezas de mujeres románticas, pálidas, con la palidez interesante de las hijas del trópico, que reían mucho y apuntaban sus gemelos al vapor correo.

¡Y todo aquello por don Cholo! ¡Por don Cholo, que penetraba ruboroso, convulso, por las puertas de la ciudad, luciendo un traje de cinco du

ros comprado en casa de Isern y unas zapatillas (no le dejaron tiempo de ponerse las botas) en cuyas palas Tula, la hermosa Tula, había bordado estas palabras : *Don Cholo Picapica, diputado!*...

¡Qué hermoso estaba! Le llevaron en silla de manos hasta su casa, y al llegar, excitado, conmovido terriblemente, quiso evadirse por el zaguán, cuando, saliéndole al paso una comisión de la diputación provincial, le entregó un quitasol de *pichipén* con puño de oro, en el cual había sido grabada esta inscripción : *Al gran Picapica, la patria reconocida.*

Tula, ataviada con una bata de muselina blanca y con el moño más empolvado que nunca, quiso abrazarle detrás de la puerta del zaguán; pero ella, como mujer, no era fuerte para las emociones : estaba inerte, y no pudo estirar los brazos en busca de su Cholo. ¡Oh, qué noche, qué noche la esperaba!...

En la calle, la policía se esforzaba inútilmente por contener el desbordamiento del pueblo, impresionado y rugiente.

— ¡Que hable! ¡¡Que hable!! vociferaba la multitud.

Y el eco de aquella exclamación, surgida de todos los labios, iba resonando de calle en calle y de plaza en plaza.

Don Cholo no podía evadir el compromiso. Salió á la azotea, y dijo con entonación temerosa :

— Señores...

— ¡Bravo! ¡¡Bravo!! gritó la turba.

Don Cholo se enjugó el sudor con un pañuelo de hierbas, y humedeciéndose la boca en un vaso lleno de *carato de guanábana*, empezó de nuevo :

— Señores...

Pero tenía un nudo en la garganta. Oleadas de ternura le subían del corazón y ahogaban su voz.

— Señores, dijo por última vez, dispensadme... ¡No estoy en voz!

Y bajando de la azotea, entre aplausos atronadores, volvió á su cuarto, donde la Tula se entretenía en mirarse el moño, más empolvado que nunca...

La sentó blandamente sobre sus rodillas, y estrechando su cabeza con ambas manos, imprimió en sus labios arqueados y sensuales un beso voluptuoso, ¡un beso reprimido durante medio mes de navegación!... Ella estaba tímida como la primera noche de novios, y la pechera de su bata blanca y rizada se estremecía pudorosamente...

— ¡Oh deberes del hombre público! pensaba don Cholo.

(Aun no había podido besar á Tula.)

Entre tanto, el pueblo se retiraba orgulloso para

recorrer las calles acompañando á un tiburón que, pescado aquel mismo día, era paseado triunfalmente al son de las músicas de la ciudad, y los comensales de don Cholo, anunciados « á la moda de Europa » por un lacayo, el negro *Chuchurumbé*, ocupaban los puestos de la mesa. Un rico olor á *lechón* asado se esparcía por las habitaciones. Arriba, en la azotea, una banda de música tocaba *la yola de Margari*, y abajo, en las calles, danzaban los transeúntes y se oían los rugidos del pueblo que vitoreaba al tiburón.

Cuando un vino del Rhin (que á los comensales se les antojó *champagne*) salió riendo y espumajeando de una botella empolvada, don Cholo, más sosegado, se levantó y dijo:

— Señores, la diputación ha trabajado mucho, pero sin conseguir el cabotaje. La metrópoli es la tirana eterna. ¡Caiga sobre ella la responsabilidad del porvenir!

— ¡*Siii!* ¡¡*Siiii!*! contestó el auditorio.

Y *Chuchurumbé*, que reflejaba en el blanco de los ojos su admiración por don Cholo, corrió á la cocina y dijo en voz baja á la cocinera:

— *La sensia, la esperiensa y la numansia jasen al hombre supio por la estudiansa.*

AL AMOR DEL HOGAR

I

Hace ya algunos años... Mi mejor amigo, que tenía veinticuatro de edad, y me llevaba uno, entró en mi casa de peor humor que solía, preocupado y taciturno.

— ¿Qué te pasa? le pregunté. Apuesto lo que quieras á que te has gastado ya todo el dinero del mes...

— Nada, chico, nada; no me pasa nada, y me pasa mucho. Esto es hecho: me caso, y me vuelvo con mi mujer al hogar paterno. Estoy harto del paisaje... esto no es vida... Los amores para pasar el día y los amores para pasar la noche no son más que pejugueras, y no traen otra cosa que fuertes dolores de cabeza. Necesito á mi lado una mujer que me quiera y comprenda, que se alegre cuando me alegre y sufra cuando sufro, que sea, en fin, hembra en la materia, pero compañera en